

EPILOGO.

I.

AN pasado muchos años y estamos en el mes de Diciembre de 1691.

En la espalda de la calle de la Merced, una multitud de albañiles se ocupaban en la reconstrucción de una casa medio arruinada.

En el zaguan de una de las habitaciones que estaban cerca de aquella casa, una pobre mujer parecia esperar á alguno de los operarios. Era la hora del almuerzo entre aquellas jentes, y la mujer tenia delante una canasta cubierta con una blanquísima servilleta.

La mujer dirijia frecuentes miradas por el rumbo en que debia llegar el que ella esperaba.

De repente oyó cerca de sí una voz, que con acento de súplica decia:

—Caritativos cristianos, ¿quiéren dar una limosna á este pobre ciego?

—Perdone por Dios, señor—contestó la mujer con ese

respeto con que jeneralmente se contesta en México á los desgraciados.

—¡Por María Santísima de Guadalupe, no he probado bocado en toda la mañana!—insistió el ciego.

La mujer lo miró con ojos de compasion, y luego le dijo:

—Mire, si quiere almorzar, yo le daré algo en viniendo mi marido.

—Dios se lo pague á vuesa merced, señora, me esperaré.

—Pues no será mucho tiempo, porque aquí viene ya.

En efecto, en ese momento se presentó un hombre que tenia el aspecto de un albañil; era grueso y entre sus cabellos lucian ya algunos mechones de canas.

—¡Ave María, Luis!—dijo la mujer—¿qué tienes, te veo muy pálido?

—No es nada, nada.

—Tú te has caido, ¿estás enfermo?

—No, Marta.

—Pues dime.

—Es una cosa estraña; vamos almorzando y te lo contaré poco á poco.

La mujer, que ya sabemos que era Marta, comenzó á disponer allí mismo el almuerzo de su marido.

—Oyeme—dijo—convidé á este pobre cieguito á que almorzara contigo, porque tiene mucha hambre.

—¿Alcanza?

—Bien para tí y para él.

—¿Y tú?

—Yo allá en la casa comeré.

—Bueno, que se siente.

Sentóse el ciego en el suelo al lado de Marta y comenzaron á comer.

—Con que cuéntame—dijo Marta.

—Pues oye: ¿te acuerdas que esta casa era de aquel D. Lope de Montemayor, que murió estando nosotros en el Santo Oficio?

—Sí, que supimos despues que él la habia comprado cuando embargaron los bienes de D^a Inés.

—Sí: pues dicen que nunca la habitó, ni le puso mano, ni sus herederos tampoco; y así la casa se iba cayendo poco á poco.

El ciego comia sin poner atencion á lo que decian.

—Pues vas á saber, porque me lo dijo un sobrestante, que un particular denunció como ruinas esta casa al Cabildo.

—¿Y qué?

—Se la dieron á él y determinó hacer obra, y comenzamos á trabajar; yo solo por la necesidad venia á este trabajo, porque sabes que desde que cumplimos la condena en el Santo Oficio y nos casamos, me resolví á ser hombre de bien y trabajador.

—Y lo has cumplido.

—Bendito sea Dios, que me ha de haber perdonado mis culpas!

—Pero por qué estabas tan pálido?

—Oyeme: tuvimos que derribar la pared en que te conté que estuvo aquella loca encerrada por mi señora, y á mí me tocó estar por fuera de la bodega; de repente oigo gritos adentro y que nos llamaban á todos: ¿qué te parece que era?

—¿Qué?

—Pues habian descubierto una emparedada en el mismo lugar.

—Vaya, seria la loca.

—No, no, porque yo ví sacar á la loca; la ví una noche, se la sacó aquel Señorito, como tú le decias.

—¡Pero tal vez te engañaste!

—No; ademas, la loca no tenia alhajas, y este esqueleto tiene en el cuello una gruesa cadena de oro.

—¿Pues qué seria?

—Dios lo sabe; yo la verdad me espanté.

—¿Y qué habrá sido del Señorito?

—Quién sabe.

—Quizá se haya muerto: Dios le haya perdonado!

El almuerzo se habia terminado, y el ciego dando las gracias, humildemente se retiraba, diciendo entre dientes:

—Oh! sí, Dios me perdone, porque he sido muy criminal en mi vida.....

Y luego agregaba:

—¿Es posible que ni Marta reconozca ya al Señorito en el pobre ciego?

II.

Por el mes de Enero de 1690 habia llegado á México y presentándose al virey, D. Fernando de Valenzuela que estaba desterrado en Manila.

Ni la muerte de D. Juan de Austria, ni los empeños de D^a María Ana de Austria, habian valido para que Valenzuela volviese, antes de su destierro, y menos para que le permitiesen volver á España.

Llegó á salir un buque para llevarle á la Península; pe-

ro se revocó la orden, y D. Fernando se quedó á vivir en México.

Valenzuela ostentaba gran lujo en la ciudad; su casa era frecuentada por el virey y por las principales personas de la colonia, y de allí salian cabalgatas y mascaradas en los dias de regocijo público, como el santo del rey ó del virey, &c.

D. Fernando era muy considerado tambien del pueblo; y sin embargo, nadie le decia de otra manera, sino el *Duende*, á pesar de que muchos ignoraban el origen de este nombre.

Una tarde, el 30 de Diciembre de 1691, se esparció por la ciudad la noticia de que D. Fernando de Valenzuela el *Duende*, estaba moribundo á consecuencia de una cox que habia recibido de un caballo.

La casa de D. Fernando se llenó de jente, y todos oyeron de los médicos la sentencia de que D. Fernando moriria.

El dia 5 de Enero de 1692, Valenzuela recibió los sacramentos, é hizo su disposicion testamentaria, nombrando su albacea, al Sr. D. Gaspar de la Cerda Sandoval Silva y Mendoza, conde de Galve, virey y capitán jeneral de la Nueva-España.

Amaneció el dia 8, y en la Catedral de México, y en todas las iglesias, parroquias y conventos, los tristes tañidos de las campanas anunciaron á la ciudad la muerte del *Duende*.

El cadáver fué embalsamado, y "tanta fué" dice un cronista, "la jente que ocurrió á verle, que no se le pudo enterrar hasta el dia 9 en que fué llevado el cuerpo á la sala de capítulo de San Agustín, y con asistencia del virey, Cabildo eclésiastico, Ayuntamiento, comunidades, nobleza y capilla de la Catedral, se depositó en la capilla de los Flo-

res, en el claustro del convento, en una caja con cuatro llaves: dos dias y dos noches continuos se dobló en San Agustin."

Así acabó el célebre D. Fernando de Valenzuela.

La reina D^a María Ana de Austria murió en 17 de Abril de 1696.

El padre Nitardo, siendo ya cardenal por influjo de la reina, habia muerto en Roma el 1^o de Febrero de 1681.

FIN DE LA OBRA.

INDICE.

Libro primero.—Austriacas y Nitardinas.

	PAGS.
CAPITULO I.—Conoce el lector al hombre mas poderoso, y al mismo tiempo mas desvalido de la corte de España en el año de gracia de 1668.....	5
CAPITULO II.—Quiénes eran las austriacas y las nitardinas.	14
CAPITULO III.—En el que se veia que en el siglo XVII habia ya hombres que se burlaban de la astrología judiciaria...	22
CAPITULO IV.—Quién era el astrólogo y lo que con él habló D. Fernando de Valenzuela.....	31
CAPITULO V.—De cómo la hija del marqués de Rio-florido se enamoró de Valenzuela.....	39
CAPITULO VI.—En donde se ve que de todo es capaz una mujer enamorada, y que el amor es un auxiliar poderoso en la política.....	47
CAPITULO VII.—Cómo se venga una mujer ofendida.....	56
CAPITULO VIII.—Continúa el asunto del anterior.....	64
CAPITULO IX.—En donde se refiere cuán espedita y ejecutiva era la justicia de S. M. Doña María Ana de Austria, cuando se trataba de su confesor.....	71
CAPITULO X.—De lo que pasaba á las seis de la mañana....	79
CAPITULO XI.—Cómo supo D. Juan de Austria la muerte de su amigo D. José de Mallades, y lo que hizo entonces.....	87
CAPITULO XII.—Lo que hizo D. Juan de Austria y lo que determinó la reina Doña María Ana.....	96
CAPITULO XIII.—Cómo supo D. Juan de Austria que le mandaba aprehender la reina, y lo que hizo.....	105
CAPITULO XIV.—En donde se prueba que no sin razon dijeron los antiguos: <i>Con bien vengas mal si vienes solo</i>	111
CAPITULO XV.—Cómo al fin el padre Nitardo no pudo conjurar la tempestad que se formaba contra él.....	118
CAPITULO XVI.—Cómo se fueron complicando para Valenzuela los negocios en la corte.....	125